

Enzo Traverso

LA VIOLENCIA NAZI UNA GENEALOGÍA EUROPEA

Introducción

(fragmento)

Las interpretaciones de Nolte, Furet y Goldhagen se basan en elementos indiscutibles tomados de forma aislada: el genocidio judío fue la culminación de un antisemitismo secular que había adquirido rasgos específicos en Alemania; el nacionalsocialismo fue un movimiento contrarrevolucionario alimentado por su oposición radical al bolchevismo y la “solución final” se concibió y se ejecutó durante una guerra de cruzadas contra la URSS; el comunismo y el fascismo se oponían, por razones y con métodos diferentes, al liberalismo. Estas tres lecturas se apoyan en datos reales proyectados de modo unilateral sobre el panorama del siglo y, a partir de una interpretación estrictamente monocausal, restituyen una imagen deformada. Comparten, además, más allá de sus diferencias, la misma actitud apologética con respecto a Occidente, al que ven como sanador de una Alemania perdida en su “vía especial” (*Sonderweg*) hacia la modernidad (Goldhagen, Habermas) o como el receptáculo de una tradición nacionalista perfectamente legítima a pesar de sus excesos (Nolte) o incluso como la fuente de un orden liberal históricamente inocente (Furet). Ahora bien, el nazismo no se reduce al rechazo de la modernidad política y a los detractores del Iluminismo; su visión del mundo integraba también una idea de la ciencia y de la técnica que no tenía nada de arcaico y que hallaba muchos puntos de contacto con la cultura de la Europa liberal del siglo XIX. Occidente, a su vez, no está totalmente inscripto en los generosos principios de la Declaración de Derechos Humanos. Presenta también otras caras, encierra otras concepciones de las relaciones entre los seres humanos, otras concepciones del espacio, otros usos de la racionalidad y otras aplicaciones de la técnica.

El estudio que presentamos toma estas tres lecturas y las cuestiona. Intenta además prestar especial atención al anclaje profundo del nazismo, de su violencia y sus genocidios, en la historia de Occidente, en la Europa del capitalismo industrial, del colonialismo, del imperialismo, aquella en la que surgieron las ciencias y las técnicas modernas, en la Europa del eugenismo, del darwinismo social, en la Europa del “largo” siglo XIX que concluyó en los campos de batalla de

la Primera Guerra Mundial. Ésta constituyó, indiscutiblemente, un momento de ruptura, una conmoción social y psicológica profunda en la que habitualmente se reconoce el acto fundador del siglo XX. Sin esta ruptura, en la que se originan tanto los fascismos como el comunismo, el exterminio industrial puesto en práctica en los campos nazis no sería concebible. Pero esta irrupción del nuevo siglo que ponía fin bruscamente a la “persistencia” de las formas –políticas y, en gran medida, mentales– heredadas del Antiguo Régimen (Mayer, 1981), hacía precipitar de modo desgarrador un conjunto de elementos acumulados a lo largo del siglo XIX, desde la Revolución Industrial y el surgimiento de la sociedad de masas, que habían sufrido una considerable aceleración a partir de 1870. La producción industrial que llegará, en la víspera de la Primera Guerra Mundial, al modelo fordista del trabajo en cadena; la reorganización del territorio dentro de los Estados a través de la extensión de la red ferroviaria y de la racionalización de la administración pública; la innovación científica y el desarrollo tecnológico que dieron base al surgimiento significativo de los medios de comunicación; la modernización de los ejércitos y la finalización del proceso de conquista y de partición colonial del mundo fuera de Europa; la formación de nuevas elites urbanas de tipo burgués y pequeño burgués que limitaban las prerrogativas aún sólidas de las antiguas capas aristocráticas y constituían el vector de las ideologías nacionalistas; la contaminación del racismo, del antisemitismo y de las formas tradicionales de exclusión con los nuevos paradigmas científicos (principalmente con el darwinismo social) que realizaban una síntesis antes desconocida entre ideología y ciencia, todas estas mutaciones forman el telón de fondo de la Gran Guerra y subyacen al salto cualitativo que ella establece tanto en el despliegue como en la percepción de la violencia (Maier, 1997: 29-56; Salvati, 2001: caps. 1 y 2). Se instauran antes de 1914 y constituyen las bases materiales y culturales de los grandes cambios de Europa durante la primera mitad del siglo XX.

El objetivo de este ensayo no es develar las “causas” del nacionalsocialismo, una “obsesión por los orígenes”, enfermedad que, según Marc Bloch, padecían los historiadores y que los hacía olvidar que “un fenómeno histórico no se logra explicar acabadamente por fuera del estudio de su momento” (Bloch, 1974: 41). Esta genealogía no busca “causas” en una perspectiva determinista sino “orígenes”, en el sentido que Hannah Arendt daba a este término, elementos que devienen constitutivos de un fenómeno histórico sólo después de haberse condensado y cristalizado en él: “El acontecimiento ilumina su propio pasado al que, sin embargo, no se hubiese accedido a través de su análisis” (Arendt, 1990: 73).⁸ No se trata entonces de reconstruir el proceso de radicalización del régimen nazi hasta su debacle final, la acumulación de factores y la constelación de circunstancias que hicieron posibles sus crímenes. Se trata más bien de captar los

elementos en el contexto civilizacional en el cual se inscribe este régimen, elementos que lo aclaran para constituir, retrospectivamente, los “orígenes”. Este estudio debe mucho a las intuiciones, esbozadas por Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, sobre el vínculo que se establece entre el nazismo por un lado y el racismo y el imperialismo del siglo XIX (Arendt, 1976), por el otro. Estas intuiciones serán retomadas aquí sobre la base de los logros de nuevas líneas de investigación, abiertas a lo largo de estas últimas décadas. Los recientes trabajos de Edward Said –quien demostró la necesidad de estudiar la dimensión subyacente y oculta de la civilización occidental, el mundo colonial, ese espacio de alteridad inventado y fantaseado cuya imagen apuntaba a legitimar sus valores y sus formas de dominación– constituyen otra fuente de importancia para este ensayo (Said, 1978 y 1993).

Este enfoque pone de manifiesto una laguna impresionante –o lo que es peor, una nueva negación– en los historiadores más fecundos que, durante los últimos años, renovaron la investigación sobre los orígenes culturales del fascismo y del nazismo (y cuyos trabajos dejaron rastros indiscutibles en este libro). Más allá de sus divergencias en el análisis del fascismo –sobre la amplitud de su dimensión simbólica y estética, o sobre el papel de la Primera Guerra Mundial en su nacimiento –, Zeev Sternhell y George L. Mosse están de acuerdo en no atribuir prácticamente ninguna importancia a la herencia del imperialismo y del colonialismo europeos en la formación de la ideología, la cultura, el mundo mental y las prácticas del fascismo. Sternhell subraya acertadamente la brecha abierta por el racismo biológico entre el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, que reduce ambas variantes, bien diferentes, de una misma tendencia cultural e ideológica de reacción contra el Iluminismo, surgida durante el primer cuarto del siglo XIX (Sternhell, 1989 y 1997). Mosse captó correctamente las premisas del racismo moderno en el racionalismo y en el primer cientificismo del siglo XVIII, estudió después el surgimiento de la ideología *völkisch* y del antisemitismo en el seno de la cultura alemana cuyas manifestaciones literarias, iconográficas y populares analizó maravillosamente (Mosse, 1964 y 1978). Ambos ignoraron llamativamente el papel del imperialismo y el colonialismo en la “nacionalización de las masas” y en la formación de un nacionalismo conquistador, agresivo, no igualitario, antidemocrático. Ninguno de los dos insistió sobre la conexión entre la emergencia de este nuevo nacionalismo y las prácticas imperiales de la Europa liberal; no interpretaron siquiera las violencias coloniales como premisa que las potencialidades de exterminio del discurso racista moderno pusieron en práctica. Queda claro que no se trata de borrar la singularidad de la violencia nazi a través de la mera asimilación de la misma a las masacres coloniales, sino de reconocer que fue perpetrada en el marco de una guerra de conquista y exterminio entre 1941 y 1945, concebida

como una guerra colonial dentro de Europa. Esta guerra colonial copiaba su ideología y sus principios –con medios y métodos mucho más modernos, poderosos y mortíferos– de los que, durante el siglo XIX, había instaurado el imperialismo clásico. Si bien las víctimas de la “solución final” encarnaban la imagen de la alteridad en el mundo occidental, objeto de persecuciones religiosas y de discriminaciones raciales ya desde la Edad Media, las circunstancias históricas de su destrucción señalan que esta antigua y, por cierto, particular estigmatización había vuelto a instalarse después de la experiencia de las guerras y de los genocidios coloniales. El nazismo permitió el encuentro y la fusión de dos figuras paradigmáticas: el *judío*, el “otro” del mundo occidental, y el “subhombre”, el “otro” del mundo colonizado.⁹ La argumentación de este ensayo está articulada en dos planos. Por un lado, he intentado reconstituir las premisas materiales del exterminio nazi: la modernización y la serialización de los dispositivos técnicos de las formas de matar entre la revolución industrial y la Primera Guerra Mundial. Las cámaras de gas y los hornos crematorios son el punto máximo alcanzado luego de un largo proceso de deshumanización e industrialización de la muerte que integra la racionalidad instrumental, productiva y administrativa del mundo occidental moderno (la fábrica, la burocracia, la prisión). Por otra parte, he estudiado minuciosamente la fabricación de los estereotipos racistas y antisemitas que abrevan en el cientificismo de fines de siglo. En primer lugar, el surgimiento de un “racismo de clase” que retranscribe en términos de raza los conflictos sociales del mundo industrial y asimila las clases trabajadoras a los “salvajes” del mundo colonial; en segundo término, la difusión de una nueva interpretación de la civilización basada en modelos eugenistas y, finalmente, la aparición de una nueva imagen del judío – construida sobre la figura del intelectual– como metáfora de una enfermedad del cuerpo social. La convergencia entre ambos planos, uno material y otro ideológico, comienza a esbozarse durante la Gran Guerra, el auténtico laboratorio del siglo XX, para hallar finalmente su síntesis en el nacionalsocialismo.

Notas:

⁷ Véase también la *Laudatio* de Goldhagen pronunciada por Habermas (1997), pp. 13-14. Sobre Goldhagen y Habermas, cf. Traverso (1997b), pp. 17-26. Para una excelente perspectiva de este debate, cf. Finchelstein (1999a).

⁸ Para un buen esclarecimiento de la noción de “genealogía” y su uso en historia, más allá de Nietzsche y Foucault, cf. Chartier (1998a), pp. 132-160.

⁹ Véase sobre este tema el debate Lal, Bartov (1998), pp. 1187-1194.